



Generalización y simetría. Una discusión sobre su utilidad conceptual para el estudio de fenómenos heterogéneos

Generalization and symmetry. A discussion of their conceptual usefulness for the study of heterogeneous phenomena

Jorge Vergara-Vidal (j.vergara@utem.cl) Departamento de Planificación y Ordenamiento Territorial, Universidad Tecnológica Metropolitana (Santiago, Chile) <https://orcid.org/0000-0002-7712-4090> Rol: conceptualización, escritura del original

Abstract

This paper explores the usefulness of the notions of generalization and symmetry as conceptual resources for studying heterogeneous phenomena. It discusses the utility of these notions for describing the behavior of similarity and equivalence of values within the plurality of cases that constitute the existence of a phenomenon over time and, with this, whether their modes of enunciation mark milestones within extended or broad processes. The text reviews the definitions surrounding the notions of plurality, generalization, and symmetry between cases, used both in philosophy and in social studies of science and technology; it exposes the controversies surrounding the generalization of symmetry proposed by Michel Callon; and it discusses the relevance of these solutions for the analysis of broad sociotechnical processes. It concludes that the notions explored not only serve to represent plurality in broad processes but are also complementary in describing the regimes of similarity and equivalence that they organize.

Key words: plurality, generalization, symmetry, enunciation, heterogeneity.

Resumen

El presente trabajo busca explorar la utilidad de las nociones de generalización y de simetría como recursos conceptuales para el estudio de fenómenos heterogéneos. En particular, se discute la bondad de estas nociones para describir el comportamiento de la semejanza y equivalencia de valores dentro de la pluralidad de casos que constituyen la existencia de un fenómeno a través del tiempo y, con ello, si sus modos de enunciación marcan hitos dentro de procesos extendidos o amplios. El texto revisa las definiciones en torno a las nociones de pluralidad, de generalización y de simetría entre casos, empleadas tanto en la filosofía como en los estudios sociales de ciencia y tecnología; expone las controversias en torno a la generalización de la simetría propuesta por Michel Callon; y discute la pertinencia de estas soluciones para el análisis de procesos sociotécnicos amplios. Se concluye que las nociones exploradas no sólo sirven a la representación de la pluralidad



en los procesos amplios, sino también son complementarias para describir los regímenes de semejanza y de equivalentes que organizan.

Palabras clave: pluralidad, generalización, simetría, enunciación, heterogeneidad.

Introducción

El estudio de los procesos de cambio en los entornos materiales en los que se desarrolla la vida social requiere de instrumentos y de encuadres epistemológicos que ayuden a identificar y a organizar las continuidades, semejanzas y diferencias que son posibles de distinguir en ellos. Estos procesos conllevan formas de expresión históricas, conceptos y registros que dan cuenta de los aspectos positivos y empíricos que se realizan a través de lo que es enunciado y lo que es visible, de “las formaciones discursivas y las formaciones no discursivas, las formas de expresión y las formas de contenido” (Deleuze 1987:77). Cada formación histórica de un fenómeno “implica una distribución de lo visible y de lo enunciable que se produce en ella”; y entre una formación y otra “existe variación de la distribución, puesto que la visibilidad cambia de modo y los enunciados cambian de régimen” (Deleuze 1987:76).

El presente trabajo busca discutir la utilidad de las nociones de generalización y de simetría como recursos sincréticos para el estudio de fenómenos heterogéneos. En particular, se analiza la bondad de estas nociones para describir el comportamiento, tanto de la semejanza como de la equivalencia, en la pluralidad de casos de un fenómeno en el tiempo y, con ello, si sus modos de enunciación marcan hitos dentro de procesos extendidos o amplios (Tilly [Grandes estructuras, procesos amplios](#)). En función de ello se revisan las aproximaciones a los problemas epistémicos de la pluralidad, de la generalización y de la simetría de valores observables en casos, realizadas por la filosofía del conocimiento, como de los estudios sociales de ciencia y tecnología, con el fin de determinar el modo como estos recursos conceptuales pueden ser aplicados a un fenómeno concreto. El texto se organiza de acuerdo con los problemas antes expuestos, aborda en profundidad la discusión en torno a la noción de simetría generalizada y discute la pertinencia de estos enfoques sincréticos para la descripción de procesos heterogéneos de amplia duración. Finalmente, discute su aplicación para el estudio del fenómeno de verticalización residencial, como un proceso generalizado a partir de la simetrización de la pluralidad de sus casos, permitiendo concluir que las nociones exploradas no sólo sirven a la representación de la pluralidad en los procesos amplios, sino también son complementarias para describir los regímenes de semejanza y de equivalentes que organizan.

La pluralidad

El problema que plantean la simetría y la generalización de un conjunto de casos tiene relación con los modos como se concibe la pluralidad dentro de las perspectivas universalistas y dentro de las perspectivas situadas o pragmáticas. Estos modos conllevan diferentes regímenes de valuación de las semejanzas observables entre los casos, y de cálculo sobre la equivalencia de valores entre éstos.

Desde una perspectiva universalista, convencional dentro de la sociología clásica, la pluralidad de valores es un resultado de la pluralidad de los casos y de las agrupaciones presentes en un conjunto. Su organización depende de la aplicación de un criterio universal que recurre a una explicación



basada principalmente en la dominación, el poder o la fuerza de un principio normativo o moral. Las teorías dedicadas al análisis de las condiciones previas de una distribución normativa se orientan, la mayoría de las veces, hacia la búsqueda de un procedimiento universal capaz de sustentar la fundación de una convención general y la utilidad de estas construcciones depende principalmente de que sean sistemáticas y coherentes. Sin embargo, estas formas de generalización pueden considerarse como utópicas cuando se enfrentan a la diversidad de las situaciones en las que se ven envueltos los casos en una observación procesual o histórica.

Una alternativa al universalismo formal y al pluralismo ilimitado que ello implica radica en considerar la posibilidad de una pluralidad limitada de principios de equivalencia que pueden utilizarse para apoyar las críticas y los acuerdos sobre un estado de valor pragmáticamente situado (Boltanski y Thévenot. [On justification](#)). Bajo esta segunda perspectiva, las diversas formas de valor y de equivalencia pueden estar organizadas en función del desarrollo situado de la pluralidad. En este marco adquieren protagonismo las formas en que las realidades se enactan en prácticas, los modos cómo esas prácticas reconocen y manejan las diferencias entre actores y comunidades, y las formas cómo las diferencias entre valores y equivalencias son manejadas por los actores (Law y Joks. [Indigeneity, science, and difference](#)).

En este marco, en que los principios de valor y de equivalencia no están incididos por un criterio universal de organización de la pluralidad de los casos, el cálculo de su comportamiento debe considerar la pluralidad de las prácticas asociadas a ellos, obviando quiénes son los actores que las desarrollan y las construcciones de realidad que las justifican. Se trata, como plantean Law y Joks, de una perspectiva que aborda la pluralidad y la equivalencia de los casos desde un cálculo de cómo éstos se realizan, más que del quién los desarrolla o de qué los motiva. De acuerdo con esto, “la pluralidad de formas de calificación determina otros tantos órdenes de justificación. Más que una diversidad de valores poco comunes, cerrados a distintas comunidades o preferencias individuales, las justificaciones implican posibilidades de ajuste según distintos órdenes de evaluación, así como una capacidad de pasar de un orden de justificación a otro” (Thévenot 1996:790).

Por su parte, Boltanski y Thévenot sostienen que “la posibilidad de hacer referencia a un principio de equivalencia es también un requisito previo para el cálculo mínimo” (Boltanski y Thévenot 2006:361). Para estos autores, los imperativos de justificación presentes en las situaciones contingentes constituyen parte de los modos como los casos son vinculados en diversos momentos críticos, como sucede con las controversias o disputas sobre su estado de valor. Dichos imperativos deben ser tan útiles para producir argumentos que justifiquen la crítica de una acción o estado, como para producir argumentos de respuesta a ello, de manera que deben seguir reglas de aceptabilidad y equivalencia, cercanas a la simetría y/o a la imparcialidad (Callon. [Some elements of a sociology of translation](#); Pels. [The politics of symmetry](#)), que faciliten reunir diferentes conjuntos de casos y establecer conexiones entre ellos, de manera que sea posible converger hacia una forma de generalidad que facilite la determinación de lo similar o de lo común entre ellos.

La generalización

El procedimiento de generalización, a diferencia de la universalización, conlleva un tipo de cálculo en que la pluralidad y la equivalencia de valores se encuentran asociadas a la gubernamentalidad de una situación concreta, no de todas ellas. Generalizar las singularidades propias de una pluralidad



de casos no es igual a constituir un principio universal, sino, más bien, implica realizar “una transducción de estados intensivos”, donde la figura de una “multiplicidad acentrada (...) incluye un número finito de estados y de señales de velocidad homóloga (...) sin calco, sin copia de un orden central” (Deleuze y Guattari 1988:22).

Para Gilles Deleuze, la generalización expresa “un punto de vista según el cual un término puede ser cambiado por otro, puede reemplazar a otro. El intercambio o la sustitución de los particulares define nuestra conducta con respecto a la generalidad [...] la generalidad presenta dos grandes órdenes: el orden cualitativo de las semejanzas y el orden cuantitativo de las equivalencias. Los ciclos y las igualdades son sus símbolos. Pero, de todos modos, la generalidad expresa un punto de vista según el cual un término puede ser cambiado por otro, puede reemplazar a otro” (Deleuze 2002:21).

Cabe entender, a partir de esto, que las nociones de semejanza y de equivalencia organizan regímenes de valuación diferentes al que organiza la generalidad por sí misma, lo cual puede superponerse en el análisis de un mismo fenómeno, pero implica formas de cálculo distintas que cabe especificar. Un ejemplo de esto lo expone Deleuze cuando aborda el fenómeno del hábito en tanto un repertorio de acción recurrente o como generalidad de un tipo de acciones. Siguiendo la estela de la reflexión que expresa Gabriel Tarde en *Las Leyes Sociales* y, en particular, en las leyes de la imitación, Deleuze sostiene que en la generalidad del hábito es posible diferenciar dos regímenes diferentes: “el de las semejanzas, en [el cual se observa] la conformidad variable de los elementos de acción con respecto a un modelo supuesto, en tanto no se adopta el hábito; [y] el de las equivalencias, [en el cual se observa] la igualdad de los elementos de acción en situaciones diversas, en cuanto se adopta el hábito” (Deleuze 2002:26).

Esto sugiere que, de manera distinta a lo que ocurre con la imitación repetitiva o con la mera replicabilidad de la acción, en los regímenes de semejanzas y de equivalencias “el intercambio o la sustitución de los particulares define nuestra conducta con respecto a la generalidad. Por tal motivo, los empiristas no se equivocan cuando presentan la idea general como una idea particular en sí misma, con la condición de agregarle la presunción de poder reemplazarla por cualquier otra idea particular que se le asemeje en relación con una palabra” (Deleuze 2002:21).

En el ejemplo del hábito, propone, éste “no forma jamás una verdadera repetición: ora lo que cambia y se perfecciona es la acción, mientras hay una intención que permanece constante; ora la acción se mantiene igual, en intenciones y contextos diferentes. También aquí, si la repetición es posible, no aparece más que entre estas dos generalidades, de perfeccionamiento y de integración, bajo estas dos generalidades, dispuesta a invertirla” (Deleuze 2002:26).

Esto ayuda a distinguir entre la generalidad (entendida como condición universal), de la generalización (entendida como procedimiento contingente). Si la generalidad admite la posibilidad de repetición del valor y la igualdad de los casos para organizarlos como un conjunto teórico, la generalización requiere de la posibilidad de su diferencia, para organizarlos en agrupaciones basadas en criterios de semejanza y de equivalencia práctica. Si lo primero apela a la articulación de la unicidad del conjunto, lo segundo apela a la diversidad existente en él. De esta manera, semejanza y equivalencia aparecen como dos criterios que sirven para organizar las diferencias dentro de un



conjunto, en un régimen coherente con sus modos prácticos de realización; a la vez que no sirven para organizar un modelo de repetición de este.

Tal como ocurre con la relación entre generalidad y generalización, la diversidad puede ser entendida como un valor universal y, por tanto, como una condición del conjunto. Pero, reconocer las diferencias o desigualdades entre sus casos implica la aplicación de un tipo de orden del cual, las diferencias, son el efecto o el resultado de un cálculo. Este procedimiento de cálculo implica, para Deleuze, cierta inexactitud en el resultado y “esa irreductible desigualdad es la que forma la condición del mundo” (Deleuze 2002:333).

Se entiende de ello que, a diferencia de lo que ocurre con los valores o condiciones universales como la generalidad y la diversidad que, en tanto valores teóricos, no admiten inexactitud, la generalización y la diferenciación son procedimientos de cálculo que, en pos de describir la organización desigual del mundo, resultan inexactos o contingentes. El orden que proponen emerge mientras se calcula y, dentro de ello, la semejanza y la equivalencia representarían dos formas de ordenar, o de calcular, las diferencias observables en un conjunto de objetos del conocimiento racional.

Del cálculo de la semejanza emerge la generalización, bajo la premisa de que “sólo lo que se parece difiere” (Deleuze 2002:182). La generalización “enuncia la semejanza como condición de la diferencia; exige también, sin duda, la posibilidad de un concepto idéntico para las dos cosas que difieren con la condición de parecerse; implica además una analogía en la relación de cada cosa con ese concepto, y provoca, por último, la reducción de la diferencia a una oposición determinada por esos tres momentos” (Deleuze 2002:182-183).

A su vez, del cálculo de la equivalencia emerge el procedimiento de simetría, en la medida que “es preciso que la diferencia relacione de inmediato entre sí los términos que difieren” (Deleuze 2002:183). Esto implica considerar que “sólo las diferencias se parecen” y que “la identidad, la analogía, la oposición, ya no pueden ser consideradas más que como los efectos, los productos de una diferencia primera o de un sistema primero de diferencias” (Deleuze 2002:183).

Ambos tipos de cálculo apelan a que la observación de la diferencia entre los casos de un conjunto es capaz de constituir formas diferentes de articulación y de vínculo entre las entidades observadas. Más que órdenes representativas de las identidades o de sus oposiciones, son órdenes relationales que vinculan la pluralidad de casos diferentes entre sí. En particular, el procedimiento de generalización, que responde al orden cualitativo de las semejanzas de la generalidad, requiere de un elemento diferenciante, oculto en las condiciones de semejanza, identidad, analogía y oposición, que permita que la diferencia en las categorías de representación a la manera de una organización en series. La generalización permite, más que representar un fenómeno, identificar dentro de él series de diferencia y relacionar sus diferentes formas de realización.

La simetría

En la literatura de la filosofía del conocimiento y de los estudios sociales de ciencia y tecnología, la discusión sobre el procedimiento de generalización ha sido menos controversial que la discusión sobre el procedimiento de simetría, que responde al orden cuantitativo de las equivalencias dentro



de la generalidad y que se relaciona con la igualdad de los elementos en situaciones de acción diversas. El debate sobre el principio de simetría enfrentó, particularmente, las líneas constructivista y pragmática de los estudios sociales de ciencia y tecnología en torno a la concepción y la generalización del principio de simetría en los casos observados.

Describir este debate es necesario para discutir la utilidad del procedimiento de equivalencia simétrica en el fenómeno planteado, porque ayuda a fundamentar su perspectiva epistemológica. Para ello sirve considerar, como punto de partida, que la definición de simetría propuesta convencionalmente por la RAE la define como la “correspondencia exacta en la disposición regular de las partes o puntos de un cuerpo o figura con relación a un centro, un eje o un plano”, consignando como sinónimos de esto la proporción, disposición, la semejanza y la regularidad, entre otras.

Dentro de la perspectiva constructivista de los estudios sociales de ciencia y tecnología, David Bloor planteó la noción de simetría como un concepto orientador para la observación de la covarianza y la causalidad en hechos de conocimiento que, “impone la búsqueda de los mismos tipos de causas tanto para las creencias verdaderas como las falsas, para las creencias racionales y las irrationales, parece coger contrapié al sentido común” (Bloor 1998:255). Para este autor, “el significado del postulado de simetría (...) es que nuestros mejores y más apreciados logros científicos no pueden existir sin tener el carácter de instituciones sociales. Están, por tanto, tan influidos socialmente y son tan problemáticos sociológicamente como cualquier otra institución (...) toda aplicación de conceptos es impugnable y negociable, y todas las aplicaciones aceptadas tienen el carácter de instituciones sociales” (Bloor 1998:241-244).

La noción de institución manejada por Bloor equivale a la de convención o de norma y deriva de la noción de hecho social planteada por Émile Durkheim. Para Bloor, “nuestro conocimiento siempre es provisional y conjectural, e incluso el significado de nuestros conceptos probablemente cambiará según avancen nuevas teorías para enfrentarse con nuevos hechos inesperados” (Bloor 1998:242), lo que implica que las instituciones, convenciones y normas varían contingentemente en el tiempo y que “debemos pensar en la aplicación de un concepto de caso en caso, mediado por complejos juicios de similitud y diferencia, e informado en todos los puntos por los propósitos locales de los usuarios de conceptos. Grosso modo, el significado se construye sobre la marcha. Es el residuo de aplicaciones pasadas y sus aplicaciones futuras no están completamente determinadas por lo que ha acontecido anteriormente” (Bloor 1998:242).

Como se señaló, Bloor sigue una perspectiva durkheimiana respecto a la producción de lo social que lo llevará a diferenciarse también de la sociología del conocimiento articulada por Robert King Merton. Para Bloor, esta relación es lineal, pero heterogénea, en la medida en que diversos sujetos, con modos de interpretación diferentes, buscan comprender las regularidades de un mismo objeto de conocimiento. Como la principal prueba para la validación, adecuación, modificación y mejora de estos diversos modos de interpretación empleados deriva de sus éxitos en la comprensión de la covarianza y causalidad racional de los casos (Merton), Bloor integra a su modelo la valoración simétrica de los fracasos en la compresión del objeto de manera de “identificar las causas locales, contingentes, de (las) creencia(s)”, pues “tanto las ideas verdaderas como las falsas, las ideas racionales e irrationales, en la medida en que son colectivamente sostenidas, deben ser igualmente



“objeto de curiosidad sociológica, y deben explicarse todas por referencia a los mismos tipos de causa” (Bloor 1998:84).

La aplicación del principio de simetría implica que “los mismos tipos de causas deben explicar (...) las creencias falsas y las verdaderas” (Bloor 2003:38) y, si las teorías que explican las regularidades observadas satisfacen también el requisito de la máxima generalidad, “el mismo tipo de explicación se tendrá que explicar en ambos casos. La meta de la fisiología es explicar al organismo sano y al enfermo; la meta de la mecánica es comprender las máquinas que funcionan y las que no funcionan, tanto los puentes que se sostienen como los que se caen. De manera similar, el sociólogo busca teorías que expliquen las creencias que existen de hecho, al margen de cómo las evalúe el investigador” (Bloor 2003:36).

Establecida dentro del programa fuerte como un principio de la observación, más que como un mero procedimiento de esta, la simetría resulta un recurso eficiente si el objetivo es corroborar cómo las diferentes formas de entender el mundo conllevan, o construyen, efectos diferentes en el mismo. Parece derivar de la sentencia a la que arriban William Isaac Thomas y Dorothy Swaine Thomas en las conclusiones de *The child in America*, respecto a que, si las personas “definen las situaciones como reales, entonces son reales en sus consecuencias” (Thomas y Thomas 1928:572). Tal conclusión, que es transformada por Merton en la ley de Thomas, inaugura la orientación constructivista que encuentra eco en la simetría de Bloor.

Si embargo, lejos de reducirse a una sentencia, el principio de simetría del programa fuerte permite acceder no sólo a una explicación constructivista de los hechos sociales, sino sobre todo a la pluralidad epistemológica que los rodea y a las contingencias que produce la lucha por el predominio de una epistemología sobre otra. La aplicación del principio de simetría, como ocurre en la obra de Bloor *The enigma of the aerofoil*, permite corroborar que la construcción del conocimiento técnico deviene tanto de la rivalidad entre aproximaciones epistemológicas diferentes sobre un mismo fenómeno, como de la adopción de los principios de la que resulte más eficiente para explicar sus hechos y para calcular sus comportamientos.

La generalización de la simetría

La controversia sobre este principio emerge de los postulados de un grupo de investigadores que, alojados en el *Centre de Sociologie de l’Innovation* (CSI) de la École des Mines de París, exploraban una alternativa pragmática a la explicación constructivista de los hechos de la ciencia y de la tecnología, acercándose a perspectivas más cercanas a Foucault y a Deleuze, que a Durkheim. Fue, justamente, un ingeniero civil de la École des Mines, Michel Callon, quien propondrá públicamente un esquema crítico al programa fuerte de Edimburgo al presentar la aplicación de un modelo propio, denominado sociología de la traducción.

En particular, se trataba de un modelo que operaba sobre la base de versiones corregidas de los principios del programa fuerte, dentro de las cuales se proponía una versión generalizada de la simetría, en la que se espera que el observador utilice un mismo repertorio narrativo para dar cuenta de las regularidades observadas tanto en actores humanos como no humanos e integrarlas en un mismo conjunto o entramado de relaciones, de manera de hacer equivalente y comparables sus posibilidades de acción.



Si para Bloor la simetría es un recurso epistemológico, para Callon se trata de un procedimiento narrativo, en el cual “el vocabulario elegido para estas descripciones y explicaciones puede dejarse a la discreción del observador. No tiene por qué limitarse simplemente a repetir el análisis ofrecido por los actores que estudia, pues son posibles un número infinito de repertorios. Al sociólogo le compete elegir el que crea mejor adaptado a su tarea y luego convencer a sus colegas de que ha hecho lo correcto. Una vez que ha optado por un vocabulario de traducción sabemos que su narración no es ni más ni menos válida que cualquier otra. Pero, dado el principio de simetría generalizada, la regla que debemos respetar es no cambiar de registro cuando nos movemos de los aspectos técnicos del problema estudiado a los sociales” (Callon 1984:200).

Junto al principio de simetría generalizada, Callon propone los principios de agnosticismo, de asociación libre y de reflexividad como fundamentos de un modelo instituyente, y la traducción, que permite describir los procesos y desplazamientos mediante los cuales el mundo social toma forma progresivamente frente a una controversia de conocimiento. Tanto el principio de simetría como los otros mencionados, tal como los que componen el programa fuerte, preparan metódicamente a un observador que, en este caso, debe ser “imparcial para con los argumentos científicos y técnicos que emplean los protagonistas de la controversia” y que debe abstenerse “de censurar a los actores cuando hablan sobre sí mismos o de su entorno social” (Callon 1984:200) o de evaluar los análisis que éstos realicen sobre la realidad que los rodea. El observador tampoco debe privilegiar un punto de vista, censurar ninguna interpretación, ni fijar “la identidad de los actores implicados si esta identidad está en curso de negociación” (Callon 1984:200).

A diferencia del observador que se guía por los principios del programa fuerte, que busca explicar la construcción del conocimiento a partir de causalidades epistemológicas contextuales, para lo cual debe ser imparcial, simétrico y reflexivo respecto a éstas; el observador del modelo de traducción debe abandonar toda distinción a priori entre sucesos naturales, tecnológicos y sociales, dando relevancia (siguiendo) a todas las entidades y actores involucrados “para identificar cómo éstos definen y asocian los diversos elementos mediante los que construyen y explican el mundo, sea éste natural o social” (Callon 1984:201). En este sentido, el observador debe también dar voz a los actores no humanos involucrados en la controversia de conocimiento observada, que se expresa mediante sus modos de realización dentro de ella y ser reflexivo respecto de los efectos que las prácticas de observación que emplea tienen sobre lo observado.

En contraposición a la causalidad lógica durkheimiana que busca describir un hecho de conocimiento a partir de otro hecho simétrico, ya sea un marco de interpretación o una creencia, el sustrato pragmático del modelo de traducción, basado en la situación y no en el hecho social, le conduce a describir, de manera simétrica y tolerante, “un proceso complejo que mezcla constantemente una variedad de entidades sociales y naturales. También permite una explicación de cómo unos pocos obtienen el derecho de expresar y representar a los numerosos actores silenciosos de los mundos natural y social a los que han movilizado” (Callon 1984:224).

Tales planteamientos motivaron una dura respuesta por parte de David Bloor que, con todo, no estuvieron centrados en Michel Callon, ni sus textos críticos a los principios del programa fuerte como *Struggles and negotiations to define what is problematic and what is not. The socio-logic of translation* de 1980, *On interests and their transformation: enrolment and counter-enrolment* de



1982 o *Some elements of a sociology of translation: domestication of the scallops and the fishermen of St Brieuc Bay* de 1984, sino en la figura de Bruno Latour, a quien Callon había llevado al CSI, y a quien Bloor asignó posteriormente el papel de responsable de un esfuerzo de reconceptualización del campo de estudios de la ciencia y de la tecnología (Bloor. [Remember the strong program?](#), [Anti-Latour](#) y [Reply to Bruno Latour](#)).

Aunque la crítica de Bloor esté enfocada nominalmente a Latour, es posible considerar que también esté dirigida hacia el conjunto del grupo interdisciplinario que trabajaba en el Centro de Sociología de la Innovación (CSI), en el desarrollo de un enfoque dispuesto a desplazar a la epistemología del núcleo explicativo de las ciencias sociales y, con ello, a minar la posición de las perspectivas constructivistas, como el programa fuerte y SCOT (Social Construction of Technology), que dominaban el campo de los estudios sociales de ciencia y tecnología. Por ello, las críticas de Bloor no sólo apuntan a denostar las capacidades intelectuales de Latour, también a reordenar el régimen epistémico que el enfoque del actor-red desordenaba. Partiendo por la relación entre naturaleza y sociedad.

La palabra ‘naturaleza’, sostiene Bloor, “lo abarca todo, el sistema material en el cual los animales humanos, todo el patrón de sus interacciones, y todos los productos y consecuencias de esas interacciones, tienen un lugar asignado dentro de ella” (Bloor 1999:87). Dado esto, resulta incoherente sostener, como lo hacen Latour y la ANT, que la sociedad explica a la naturaleza, pues tanto “el conocimiento en sí mismo, no es más que un fenómeno natural [y] la sociedad misma es parte de la naturaleza” (Bloor 1999:87).

Puesto que la sociedad no puede explicar a la naturaleza, mal puede generalizar el principio de simetría y/o emplearlo como un mero recurso narrativo. Por el contrario, una correcta y naturalista lectura del principio de simetría indicaría que tanto la naturaleza, es decir, tanto el mundo de las cosas y/o la parte no social de la naturaleza, como el mundo de las personas, es decir, la sociedad, estarían implicadas en la formación de las creencias colectivas y, a su vez, en todos los tipos de creencias. Para Bloor, “los sistemas de creencias, es decir, las formas de conocimiento compartidas e institucionalizadas, son el medio a través del cual las personas coordinan sus interacciones con la naturaleza no social. Tener una relación causalmente estructurada con el mundo material es inevitable, y estará convincentemente presente en todas las culturas. Adoptar una simetría significa reconocer ambas dimensiones en todos los casos” (Bloor 1999a:88).

Eve Seguin ([Bloor, Latour, and the field](#)) sostiene que, en realidad, Bloor y Latour trabajan sobre objetos de estudio diferentes y que, si el trabajo de Bloor se centra en verificar la ciencia en la sociedad, el de Latour, Callon, Law y Akrish, entre otros, es observar a la sociedad en la ciencia. Esta diferencia también aplicaría para la noción de simetría, aunque como se ha visto, lo que hace Callon es generalizar el procedimiento propuesto por Bloor a la propia relación entre naturaleza y sociedad que fundamenta su perspectiva. El procedimiento de simetría generalizada, que responde al orden cuantitativo de las equivalencias de la generalidad, requiere de un elemento diferenciante que le permita generalizar las equivalencias y de un principio procedural cuya aplicación lleva a que “todos los fenómenos deben explicarse del mismo modo” y una “forma de pensar en todos los métodos en los mismos términos, se ajusten o no a las reglas normativas sobre el método de las ciencias sociales” (Law 2004:162).



Conclusión. Generalización y simetría como recursos aplicados

Lo desarrollado en los acápite anteriores sugiere que describir y explicar un fenómeno en el tiempo conlleva tomar decisiones de cálculo, de métrica y de razón, si se aspira a organizarlo como un proceso coherente. Para John Law, las opciones sobre las que cabe decidir se pueden describir como modos de sincrétismo, es decir, como métodos para simplificar “el desorden, la no coherencia, la heterogeneidad, el pragmatismo y lo difuso” (Law et al. 2014:175) que resulta de la acción de los actores humanos y no humanos dentro de la situación o proceso observado. En este sentido, las prácticas sincréticas colaboran a proponer un sentido accional común capaz de vincular de manera coherente la pluralidad de lo observado.

Los modos de sincrétismo que Law y sus colegas identifican: negación, domesticación, separación, cuidado, conflicto y colapso; ayudan a “componer” una visión coordinada sobre un objeto por la vía de la simplificación de su condición heterogénea en función de objetivos contingentes. Los procedimientos sincréticos, sin embargo, no pueden ser reducidos a meros procedimientos de simplificación; conllevan también procedimientos en que sus enunciados son negociados o adecuados a los intereses de los diferentes tipos de actores y comunidades de prácticas vinculados a ellos. Claramente, simplificar puede parecer distinto a negociar, pero las negociaciones también se basan en simplificar las contingencias, que es lo que permite que cánones, estándares, métricas, entre otros, no solo sean fijados, sino también negociados entre representantes o voceros de las comunidades de prácticas que serán vinculados por/en las fronteras epistemológicas de los fenómenos.

El conjunto de la reflexión anterior puede ser aplicado al estudio de fenómenos concretos, cuya descripción requiera de formas de calificación sincréticas que den cuenta tanto de la semejanza como de la equivalencia de sus casos. Al respecto, las nociones de generalización y de simetría pueden ser útiles como recursos de enunciación de su heterogeneidad, si les aborda desde una perspectiva pragmática.

En particular, el presente trabajo se elaboró para explorar la posibilidad de un giro conceptual en el estudio del fenómeno de la verticalización residencial de las ciudades chilenas, que requiere de instrumentos y de recursos conceptuales que ayuden a organizar explicaciones coherentes para su pluralidad. Como se ha visto en la controversia sobre el principio de simetría, esta coherencia puede estar dada por enfoques epistemológicos u ontológicos que orienten la descripción de la diversidad y de la equivalencia de valores entre los casos y/o por explicaciones causales o relacionales de sus diferencias y de sus semejanzas.

En la literatura reciente este fenómeno ha sido abordado desde aproximaciones que lo asocian a la densidad y a la altura de las torres de vivienda construidas en las últimas tres décadas (Vergara-Vidal. [Verticalización](#), Vicuña. [Impacto de la densificación residencial](#), Rojas-Symmes. [Torres de inversión](#)). Si bien este periodo permite hablar de un proceso en que este tipo de edificaciones emerge y prolifera, lo cierto es que este periodo podría ser parte de un proceso más amplio, de casi un siglo de duración, si se aviene a considerar como parte de los casos a otros tipos de edificaciones de altura, de densidades menores, construidas en décadas anteriores.



Ampliar, o ingresar estos nuevos casos al fenómeno de la verticalización, requiere de identificar semejanzas y organizar equivalencias en un conjunto de casos cada vez más heterogéneo. En ese marco de exigencia, las nociones de generalización y de simetría resultan esenciales. La generalización aporta un procedimiento que implica observar en el orden de semejanzas del fenómeno de la producción de vivienda en altura, elementos diferenciantes, como son las series de realización que relacionan su generalidad con las identidades arquitectónicas, sus analogías y sus oposiciones tipológicas.

En este sentido, la generalización de los casos, lejos de considerarlos como una generalidad, permite verificar cómo sus diferencias se relacionan mediante los acoplamientos, las resonancias y distribuciones entre sus series de realización, dando como resultado una imagen de proceso que describe, a su vez, un régimen de diferencias. Por su parte, la noción de simetría y, en particular, la de simetría generalizada, permite explicar las series de realización bajo una misma narrativa, sin que las diferencias tipológicas, programáticas, constructivas o autorales obliguen a cambiar de registro de la historia. Bajo esta perspectiva, los elementos que en la generalización producen agrupamientos diferentes, como las series de realización u otros elementos diferenciantes, podrían volver a ser vinculados sobre la base de sus diferencias.

Generalizar la noción de verticalización residencial permite no sólo ampliar sus casos a todas las edificaciones en que se realice la producción de vivienda en altura, sino también a organizar sus formas de realización en series que den cuenta de los acoplamientos, resonancias y distribuciones de la generalidad de sus casos y en series que describan las semejanzas, identidades, analogías y oposiciones entre éstos. A su vez, si la generalización es complementada con la simetría, es posible producir un resultado sincrético que facilite que los casos puedan ser enlazados, o vinculados, en una narrativa que los explique como parte de un mismo proceso.

De esta manera, los procedimientos de generalización y de simetría facilitan abordar la producción de vivienda en altura como un proceso amplio o extendido, cuya duración puede abarcar un siglo y facilitan cierta “inversión infraestructural” al decir de Geoffrey Bowker, en la que el conjunto de estas edificaciones adquiere prioridad para la observación respecto de las otras entidades que las acompañan, como las instituciones públicas o privadas que las financian; las entidades individuales o colectivas que las diseñan; las identidades de quienes las habitan; y a las epistemologías que las justifican y las presentan a la sociedad.

Considerar la verticalización residencial como un proceso, empleando el recurso de la simetría generalizada, no hace desaparecer del escenario todos los elementos mencionados, sino sólo los opaca al invertir el foco de la atención y dar preeminencia a las edificaciones como eje explicativo de un fenómeno que no logró ser visto desde los enfoques que dieron prioridad explicativa a las políticas habitacionales de los gobiernos, o al comportamiento de las empresas constructoras, de las empresas inmobiliarias o a la historia de las formas de arquitectura. Por esto, se concluye que los recursos de generalización y de simetría pueden no solo ser pertinentes, sino también complementarios como recursos para el estudio de la pluralidad dentro del fenómeno en cuestión.



Agradecimientos

Artículo elaborado en el marco de la investigación Fondecyt Regular 1250390 de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID).

Bibliografía

- Bloor, D. (1998). *Conocimiento e imaginario social*. Gedisa.
- Bloor, D. (1999). Anti-Latour. *Studies in History and Philosophy of Science Part A*, 30(1), 81-112.
[https://doi.org/10.1016/s0039-3681\(98\)00038-7](https://doi.org/10.1016/s0039-3681(98)00038-7)
- Boltanski, L. y Thévenot, L. (2006). *On justification: economies of worth*. Princeton University Press
- Callon, M. (1984). Some elements of a sociology of translation: domestication of the scallops and the fishermen of St Brieuc Bay. *The Sociological Review*, 32(1), 196-233.
<https://doi.org/10.1111/j.1467-954X.1984.tb00113.x>
- Deleuze, G. (1987). *Foucault*. Paidós Ibérica.
- Deleuze, G. (2002). *Diferencia y repetición*. Amorrortu.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre Textos.
- Law, J. (2004). *After method. Mess in social science research*. Routledge.
- Law, J. et al. (2014). Modes of syncretism: notes on noncoherence. *Common Knowledge*, 20(1), 172-192. <https://doi.org/10.1215/0961754x-2374817>
- Thévenot, L. (1996). Justification et compromis. En M. Canto-Sperber. *Dictionnaire d'éthique et de philosophie morale* (pp. 789-794). PUF.
- Thomas, W.I. y Thomas, D.S. (1928). *The child in America. Behavior problems and programs*. Alfred A. Knopf

Recibido el 14 Sep 2025

Aceptado el 3 Nov 2025